

DIALOGO CON GONZALEZ OBREGON

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

La más comprobada fecha de la introducción de la imprenta en México es la de 1539, ya que el contrato de Cromberger con Juan Pablos es documento que señala un límite y hace coincidir a todas las hipótesis.

Precisa esta afirmación, aduciendo razones que podría ampliar en un libro, el benemérito don Luis González Obregón, mientras su charla se desenvuelve en un ambiente de quietud crepuscular, y se dora con ese fulgor solemne que el día, después de haber brillado en toda su hermosura cenital, pone sobre las cumbres en que florecen grandes silencios.

Hemos vuelto a conversar en ese instante de esparcimiento, en que la amistad deja de ser frágil para tomar la reciedumbre de los hierros ilustres en que la pátina ha puesto su más elegante blasón. Una amistad en la que el pecador arrepentido ha vuelto a confesarse con preguntas y los dos amigos han anudado cariños remotos.

Repetir lo que en nuestro último diálogo nos hemos dicho, sería más que difícil, porque mi curiosidad insaciable—que frente a él siempre se torna infantil—se ha puesto a remover la sabiduría de este hombre que tantas cosas sabe del México íntimo, ese México que se va y que él resucita en las confidencias de pleno sabor solariego, cuando entrecerrando los ojos, como si quisiera ver mejor, gusta derrocharlas con la largueza de quien nunca se ha sentido avaro de su tesoro.

La alondra que ha vivido mil años, fascinada al embriagarse con la melodía del pretérito, se asoma esta vez al balcón para remozarse en el júbilo de un largo día primaveral, que al hincársele en la carne le da la ilusión de ser un ruiseñor cantando bajo una luna eterna.

—Ya se lo han llevado todo—me dice González Obregón, refiriéndose a su biblioteca—. (Un coronel del ejército, que por \$35,000.00 ha obtenido el acervo bibliográfico que don Luis pudo reunir, con qué maravillosa paciencia, en su larga, fructuosa vida de investigador atentísimo, que pudo lograr, tras lecturas perseverantes, sondeando crónicas, esclareciendo letras, adentrarse en el México que fue).

—Y ahora un montón de papeles. ¿También sus cartas?

—No. Esas no. Tengo cosas preciosas. Algo hay de Pérez Galdós. Un buen día, mi madre me entregó el sobre, diciéndome que era de Galdós, porque se leía bien el memebrete impreso, y la dirección y el resto eran de su puño y letra, casi ilegible. Tengo, además...

—¿De Palma?

—Naturalmente. Don Ricardo tuvo una larga correspondencia conmigo, y después su hija Angélica. Esta me pidió algunas cartas de su padre, las que estimó convenientes para publicar en el libro de homenaje a don Ricardo.

—¿Y Artemio?

—Sí... Artemio...

Y cuando se refiere don Luis al fantástico Artemio de Valle-Arizpe, se sonríe, detrás de sus espejuelos dormidos, en los cuales la noche se resbala como si fuera una leyenda. Porque Artemio es uno de sus asíduos visitantes, casi un lazarillo.

—Artemio—dice tras suave pausa—, me dijo en alguna ocasión, que entre él y yo podíamos aprovechar ese material. Pero ya no puedo con mi vida. Y le dije: "No, Artemio; allí están para que alguno se ocupe de aprovecharlas".

—¡Pues quedaría muy bien un libro, don Luis!

—Pues si usted quiere, llévese los paquetes a su casa para que escoja.

Y yo apruebo, emocionado, el propósito de don Luis, que no sólo me subyuga, sino que me compromete. Treinta, cuarenta años, de correspondencia, de noticias curiosas, de verdades rotundas, que tendré en mis manos, para seleccionarlás, y hacer con ellas un libro que gustará, que deleitará.

—Hay del maestro Altamirano, de don Guillermo Prieto, aunque de este último solamente algunos recados, pues estábamos constantemente viéndonos. Y hay de Andrade, del padre Rivera, de Salado Alvarez, de tantos amigos, que sería imposible decirle de quienes.

En un ángulo de su aposento, que es como decir en lo más discreto de su intimidad, ya que ahora está sin su biblioteca que tanto quería, viendo transcurrir las horas de suave emoción de quien ha sabido dar a la vida lo que ésta exige cuando sabe exigir, González Obregón, sin quejarse, me habla de sus males, de sus achaques.

—Esta temperatura me molesta, me perjudica mucho. Siempre en este tiempo me pongo mal. El reumatismo se me agrava. Yo necesito una temperatura templada.

—Cuernavaca me parece que...

—Yo, como los gatos, me estoy en mi rincón. Ya no puedo salir.

—Pero el otro día fue usted al teatro...

—Sí, de vez en cuando voy al teatro. Sólo que haya algo extraordinario.

Hay un recodo de silencio. Se podría oír el vuelo de una libélula huída. De pronto surge el nombre del amigo que acaba de ausentarse, esta vez para siempre. Genaro Estrada se nos aparece, jovial, irónico, entristeciendo la gran paz que nos rodea.

—Pobre Genaro—dice don Luis—. Tántas cosas que podía haber hecho todavía.

—Fue un gran amigo...

—Yo recuerdo ahora muchas cosas de mis tiempos. Había una librería en la calle del Esclavo, que hoy es calle de República de Chile. Era la librería de Orortiz, más bien dicho, una bodega de libros, pues los estantes se habían hundido en el piso y los libros estaban guardados en costales. No había sillas: las dos únicas eran, una para Genaro García y otra para mí. Y en la esquina próxima una señora vendía elotes y tarde a tarde llegaba Genaro comiendo elote con queso, y decía: "Buenas tardes, señores, ¿gustan de comer elote?" Me dice el padre Cuevas que la última vez que le vió, le dijo, de manera muy discreta, que lo despidiera de mí. Ahora recuerdo que aquel año en que hubo tanta falta de pan en esta capital, me dijo Genaro una vez: "¿Por qué no se compra unas "lolas" en la esquina de Cordobanes? Son riquísimas". Y compré las "lolas" y resultaron unas bolas de plomo. Y siempre que le encontraba le hacía broma; y me invitaba a comer y me decía: "No le daré "lolas", no tenga cuidado".

—¿Y ahora, su colección de documentos históricos, qué se hará?

—Había iniciado la publicación de la "Historia de la Conquista", de Orozco y Berra. La obra ya se había publicado en cinco tomos; pero se suspendió por escasez de dinero. Poco después, el Ministro Baranda reinició la publicación cuando se pudo hacer el gasto; pero sucedió que el dueño de la imprenta había vendido todos los ejemplares a un español que los echó a los papeles viejos, y sólo se salvaron cinco ejemplares, de los cuales uno era de Genaro García, otro de Loera y Chávez y otro pasó a ser de la Biblioteca Nacional, y otros que se han extraviado. El manuscrito, por una verdadera casualidad, fue encontrado; pero al segundo tomo le faltaba un capítulo, el de la Conjunción del Marqués del Valle. Todavía al despedirse de mí, la última vez, le di algunos datos que me pidió para su "Biblioteca Histórica". Genaro tuvo un rasgo muy bueno para mí: cuando murió mi padre, toda la noche estuvo acompañándome.

—¿Y ahora, qué pasará con sus colecciones?

—Había tenido ocasión de comprar libros muy buenos. Me mostró un Gómara, primera edición, que adquirió en España.

—Y tenía una colección de grabados mexicanos, muy valiosa. Tenía un enorme aparato que se puede manejar con facilidad. Tenía litografías, y una vez me contó que utilizaría más tarde ese arsenal para escribir una bibliografía de bibliografías mexicanas.

Otro paréntesis de silencio. Y a pregunta mía, don Luis me habla, con emoción que no puede disimular, de "Las calles de México", que se acaba de editar en los Estados Unidos, por la esposa del famoso bibliógrafo Wagner.

—He tenido buena suerte para ese libro. Han hablado más de 15 periódicos en inglés. El "New York Times" se ha ocupado de él, lo mismo que periódicos de California. Y les ha impresionado mucho la leyenda de la "Mujer herrada", porque eso de ver a una mujer que se convirtió en mula...

Aprovecho el instante para hacerle una consulta, a quemarropa.

—¿Quiénes quedan de Cortés?

—No queda nadie, fuera de los Pignatelli. Y eso, por la rama femenina. La viuda de Joaquín Clausell descende de uno de los conquistadores más importantes, de aquel Legaspi Altamirano, y según me contaba el señor Agreda y Sánchez, había para ellos carta de los reyes cada vez que la reina salía de su cuidado...

Luego, soslayando la voz, me dice:

—Siempre leo sus efemérides. En la de ayer encontré una errata tratándose de la fecha del nacimiento de Iturbide. Ahora me estoy acordando de que Arango y Escandón dispuso que, por subscripción pública, se hiciese una medalla que llevase la fecha aludida, con motivo del centenario de Iturbide, y se hicieron medallas de oro, de plata, de bronce...

—Este dato es el único que falta en ese libro monumental de Artemio. Acabo de leerlo y me he paseado a mis anchas por la vieja calzada de Tlacopan.

—Cuando yo tenía biblioteca, le sugerí que fuera poniendo a los vecinos más notables.

—¿Y en que quedó su deseo de escribir un libro sobre su barrio?

—En proyecto. Como tantas cosas...

—Hay casas muy notables en este barrio, aquí han vivido muchos personajes que hicieron historia.

—Casi frente a esta casa nació Juan de Dios Peza. Y lo que es la Plaza de Santo Domingo, no digamos. La casa del Tribunal de la Inquisición, y la que fue del Tribunal del Consulado, y la que fue de Juan de Oñate...

—¿Y cuál será la más antigua?

—Es posible que la en que vivió Alonso de Estrada. O la que fue de Francisco Vásquez de Coronado. En la que trabajó un departamento de la Secretaría de Comunicaciones, tuvo su residencia Gonzalo de Salazar, que ahora ya tiene balcones y le construyeron los dos pisos. Por cierto que en ésta en que yo vivo resulta que vivió Magdalena Vásquez de Coronado, que fue hija o esposa de un soldado que tomó parte en la expedición de su hermano. En la escritura de mi casa aparece que la tal Magdalena era de la familia de los Vásquez de Coronado. Y don Francisco se casó nada menos que con una descendiente de Cristóbal Colón, tanto que cuando se supo el triunfo que había tenido en cierto litigio, los frailes de Santo Domingo, que estaban cerca de aquí, echaron a vuelo las campanas.

—Parece que otro vecino de usted, de hace tres siglos, fue Bartolomé Gutiérrez.

—Pero la placa no está en la casa que habitó, pues debía de estar en la de enfrente.

Y González Obregón me va conduciendo lentamente por el dédalo de sus recuerdos, presentándome a gente que ya no es, haciéndome vivir rápidos instantes en presencia de conquistadores, frailes y magnates. Luego, como si se acordara de que estamos en pleno siglo XX—el siglo de la emoción motorizada—, don Luis me pregunta si sé algo sobre la próxima celebración del Congreso de Americanistas que habrá de efectuarse en México.

—Este será el tercero que tengamos en nuestro país—me dice—, pues el primero fue en 1900 y el segundo en 1910.

—Bien me acuerdo—le digo—que el último fue presidido por Seler. El discurso inaugural de éste, la ceremonia en el Palacio de Minería, no los puedo olvidar. Estaba Seler al lado de don Justo Sierra, quien dijo un maravilloso discurso.

—Hubo una sesión en el "Generalito", de la Preparatoria. Por cierto que en una de las fiestas se presentaron unas tehuanas, que se veían muy bien sentadas, teniendo por fondo la magnífica siliería que fue del convento de San Agustín.

Tal evocación me da derecho para ir moviendo el fondo de los recuerdos. Más de medio siglo transitado por escritores e historiadores que ya no oímos: Altamirano, Vigil, Rosas Moreno, Prieto, y tantos otros, tantos...

—El año de 1885 escribí mi primer trabajo—me cuenta González Obregón—y se llamaba "Una posada". Era la descripción de una de esas posadas en casa de vecindad. Después escribí una biografía de Hidalgo, que leí en nuestro "Liceo" de ese nombre... Todo eso se fue en mi biblioteca. Sólo me

he quedado con las ediciones de mis obras y ahora están llegando los libros que me regalan.

—¿Y cuántos volúmenes pudo reunir?

—Desde el año de 1882 logré tener 7,000. No hablemos más de estas cosas.

—Hablemos de los primeros escritores que trató.

—El primero fue Rosas Moreno, porque estaba casado con una hermana de mi madre. Mi afición a los libros, comenzó desde que él me llevaba a su biblioteca. Yo le vi escribir, muchas veces. Escribía sobre una mesita, debajo de la cual tenía una botella con ajeno. Era el hombre más bueno que usted se pueda imaginar, por cierto que la primera vez que vi mi nombre en letras de molde, fue por él, porque me dedicó su librito "Excursiones por el cielo y por la tierra", y la dedicatoria decía: "Al niño Luis González Obregón". Y el segundo escritor a quien conocí, fue Pedro Castera.

—¿El que escribió sobre mineros?...

—El mismo. Aunque su "Carmen" es copia de la "María" de Isaacs, hay que hacer notar que su novela fue real, que la vivió. Era un hombre muy inteligente. Fue director de "La República" cuando la dejó Altamirano. Más tarde estuvo en la cárcel de locos, mucho tiempo. Recuerdo que tenía una moneda de níquel en la boca, que no la dejaba ni cuando comía. Y el tercero fue don Manuel Olaguíbel, el padre de Paco, quien había heredado una biblioteca muy buena, y le dijo una vez a mi padre: "Sé que su hijo es muy aficionado a los libros; dígame que vaya a verme". Y fui, acompañado de "Micrós", y nos recibió en la sala, y en el fondo quedaba una puerta que daba a su biblioteca, nos sentó en un sofá y nos dijo: "Allí está Clavijero, más allá Durán, y el otro es Sahagún", y así nos fue recitando los nombres de los libros que tenía, pero sin que nos moviéramos del sofá. Y cuando salimos a la calle, "Micrós" me dijo: "¡Qué hombre tan desconfiado!... ¿Qué habrá pensado de nosotros?"

—¿Y a Altamirano, cómo lo conoció?

—Fue con motivo de una clase de Historia, cuando lo de la Deuda Inglesa, mejor diré, cuando lo del níquel, porque dijo un discurso que hizo sensación. Y los muchachos se pronunciaron en huelga, menos los que fuimos a verle para que nos diera la clase. Y Altamirano aceptó; pero a condición de que la clase fuera pública, porque decía que el Presidente González creía que estaba conspirando y podía perjudicarse si veían entrar y salir de su casa a tanta gente... Y dió la clase, que fue famosa, en una casa que está donde hoy se halla el Palacio de Correos. No sólo íbamos nosotros, sino también otras personas; y aunque nos había prohibido aplaudirle, muchas ocasiones no pudimos aguantar las ganas, y lo aplaudíamos...

—He sabido que usted estudiaba para abogado. ¿Qué pasó?

—Es cierto. Y "Micrós" iba a ser médico. Altamirano nos quiso mucho. No pudimos seguir las carreras que pensábamos seguir.

—¿Está usted seguro de que su generación llenó un destino?

—Usted ya sabe cómo se llaman ellos: Fernández Granados, Antonio de la Peña y Reyes, Ángel de Campo, mi primo Esquivel Obregón, el poeta Pepe Bustillos, Ezequiel Chávez y Jesús Pérez Rivera, aquel veracruzano indolente, que escribió unos cuentos muy hermosos y se metió al periodismo con Filomeno Mata. En aquel entonces conocí a un periodista terrible que escribía en "El Siglo XIX", defendiendo al Gobierno, y luego se iba a la redacción de "El Diario del Hogar" y me confesó que era para refutar los artículos que había escrito en el otro periódico. Era un hombre de mucho talento, pero un perfecto sinvergüenza...

—¿De quién era entonces "El Siglo XIX"?

—Usted debía saber que el hombre vino de Querétaro, recomendado a don Lucas Alamán, quien lo metió a la imprenta de Murguía, y un día le dijo a éste: "Señor Murguía: ¿quiere usted que haga unas novenas?". "Pues sí—le dijo Murguía—, hágalas". Y se puso a hacer novenas, y mientras más absurdos eran los milagros que pintaba en ellas, las novenas se vendían más...

Van pasando sombras del andante y tumultuoso siglo XIX. Se eclipsan algunas. La voz de González Obregón las anima, en un ambiente de daguerrotipo en colores. Unos con los cuellos altos y los sombreros de seda; otros ceremoniosos, lánguidos, en una como niebla de alucinación.

—¿El Liceo Hidalgo?

—Todos los literatos románticos de aquella época lo fundaron. Resucitó después de la caída del Imperio, gracias a Ramírez, a Altamirano. Tuvo varias épocas y la última, precisamente, fue en tiempo de González. Todavía hubo sesiones muy notables.

—Parece que había cierta pugna entre los discípulos de Altamirano y los de Barreda...

—No lo recuerdo. No lo creo. ¿Por qué iba a haberla?

—Eran dos mentalidades renovadoras, pero de profundas diferencias ideológicas. ¿Cree usted que todos los de su generación maduraron?

—Casi todos. Y si no, repasemos los nombres. Se nos ha olvidado Pancho Icaza, que llegó a ser un magnífico escritor. Pepe Bustillos es uno de los poetas olvidados, pero muy fino, de mucha personalidad.

—Y no se puede negar que todos se movieron dentro de un mexicanismo puro.

—Fue lo que se propuso el maestro Altamirano. Por eso tuvo tanta significación la despedida de éste, cuando se marchó a Europa y ya no volvimos a verlo. En aquella fiesta inolvidable leímos la carta que don Justo escribió, excusándose de asistir, diciendo que no podría soportar la despedida. Era una carta muy bella.

—¿Ese viaje de Altamirano fue obligado?

—No, fue un viaje repentino. Sus relaciones con el Gobierno eran cordiales. Lo nombraron cónsul en Barcelona, pero no le cayó bien el clima, y entonces Payno, aquel Payno que había pedido su cabeza en la Cámara y que después fue tan amigo suyo, le dejó su lugar en París, y entonces pudo Altamirano viajar por todos lados, y en Italia le sorprendió la muerte.

—¿De qué murió Altamirano?

—Estaba tuberculoso. Tanto, que cuando llegó Casasús al pueblo en que estaba, llevando un médico mexicano, que nunca han querido decir quién fue, dicho médico dijo que no estaba tuberculoso, a pesar del diagnóstico del médico que estaba atendiendo al maestro. "Nosotros, los médicos viejos —dijo—, no necesitamos del análisis para saber que una persona está tuberculosa". Pero lo cierto es que cuando Casasús fue a Florencia para conocer el análisis, recibió un telegrama en que le decían que el maestro acababa de morir.

—Altamirano—digo yo—fue el fundador de la Escuela Normal de México. Y así nos lo decía el maestro Torres Quintero en su clase de Historia de México.

—La verdad es que fue una injusticia la de Baranda al no haber nombrado Director de la Normal a Altamirano.

—En una de sus clases, nos dijo Torres Quintero lo que Altamirano les había dicho al hablar de Morelos: ¿Qué simpatía humana debe haber sido la de Morelos que logró sacar sus mejores soldados de la gente del Sur, que es la más indolente de México?

—¿No cree usted que Vasconcelos ha sido injusto con Morelos?

—Indudablemente que se apoyó en la carta que cita Alamán.

—Pero hay que tener en cuenta lo que se entendía por patria entonces. Vasconcelos dice que Miranda trató de hacer lo mismo en Venezuela, y hay que fijarse que es grande la diferencia entre Morelos y Miranda, ya que éste era un hombre culto, "viajado"...

—Todavía falta mucho para que se escriba la historia verdadera de México. Esto de historia verdadera es un pleonismo, como es natural...

—Vasconcelos tiene en su libro algunos juicios muy acertados, por ejemplo, los que se refieren a Cortés, a Alamán; pero siente desdén y odio por el siglo XIX.

—Alamán puede ser consultado con provecho en muchos de sus capítulos.

—Sus "Disertaciones" son notables. La historia de la Conquista está muy bien hecha.

Y luego don Luis hace comentarios sobre Cortés, Zapata, las pinturas murales de Diego Rivera en que aparece una india ofreciendo mangos en ambiente del siglo XVI. Y como está próxima la celebración del IV Centenario de la imprenta en México, no puedo evitar la pregunta:

—¿Y usted cree, don Luis, que la fecha es la de 1539?

—Hasta hoy no se puede señalar otra. La fecha del contrato de Juan Pablos con Cromberger es un documento que no deja lugar a dudas.

—¿Y la carta de Zumárraga?

—Es anterior al 39 y en ella dice que ha estado haciendo esfuerzos por implantar la imprenta, y que no ha podido. Es también muy posible que el número 6, haya aparecido volteado, queriendo decirse 9. González Dávila es quien puso la fecha de 36.

—¿Cree usted que exista ejemplar de "La escala espiritual"?

—Lo creo. No me parece que haya habido motivo para citar ese libro, ni menos para inventar el título.

—Pero esa traducción pudo haber sido hecha en España y erróneamente, al hacerse la cita, decir que fue en México.

—Es posible. Algunas veces se ha hecho la cita de un libro, creyéndose que no existía, como pasó con el "Túmulo Imperial", que don Joaquín—se refiere González Obregón a García Icazbalceta—declaró que no se había publicado y el señor Agreda al día siguiente se le presentó, diciéndole: "Aquí tiene usted el ejemplar". García Icazbalceta se daba de cabezazos; pero no había manera. El señor Agreda lo había adquirido en la venta de la biblioteca de un obispo y por cierto cuando ya casi toda había desaparecido y sólo quedaba un montón de papeles viejos...

—¿Y qué se hizo la biblioteca del señor Agreda y Sánchez?

—Se fraccionó. La mayor parte fue comprada por Genaro García y otra por Mr. Wagner. Éste se quedó con el ejemplar del "Túmulo", que había comprado para la biblioteca del millonario Huntington, en California.

—He sabido que don Pancho Rivas, el inolvidable maestro de la Preparatoria, tenía muy buena biblioteca.

—Por desgracia, las criadas de don Pancho fueron sus herederas, y a éstas las robó un pillo.

—He leído un reportazgo de Anita Brenner, en que dice que usted la presentó al señor Rivas y que éste se le dió a reconocer como judío.

—El señor Rivas era judío, indudablemente. No sería el primero que hubiera en México. Los primeros judíos vinieron con Cristóbal Colón, por cierto que en el primer viaje que éste hizo a América. Yo creo que Colón tenía algo de judío, porque siempre hablaba de la liberación de Jerusalén. Y no es cierto que la Reina Isabel le dió el dinero, sino un judío español, que era el tesorero.

—Allí tienen los Caballeros de Colón un verdadero rompecabezas!

Nuestra entrevista ha terminado. González Obregón, sin mostrar mínima fatiga, sigue hundiendo su mente en los recuerdos que se le aparecen, como luces de hechicería, en el laberinto por donde va deslizándose en el crepúsculo de la vida. Sentado en su silla predilecta, con la memoria diáfana y una luz muy de adentro, brillándole detrás de los ojos callados, me lo imagino la encarnación viva de un México que se fue y que, a tientas, tratando de afianzarse en la memoria pura, procurase enardecerse con un calor de magia, ese calor íntimo que fluye de los rescoldos en que la ternura de la amistad ha puesto delicadas fragancias.

LA REVISTA "UNIVERSIDAD"

PUBLICADA POR EL DEPARTAMENTO
DE ACCION SOCIAL, SE DISTRIBUYE
GRATUITAMENTE. TODA PROPOSICION
PARA RECIBIR SUBSCRIPCIONES DE
"UNIVERSIDAD", MEDIANTE PAGO DE
TAL O CUAL CANTIDAD DE DINERO,
ESTA DESAUTORIZADA POR EL DEPAR-
TAMENTO.